

licadezas, ni amedrentado con las dificultades del lenguaje. Si he dicho lo que conviene hacer, he dicho lo que he debido; poquísimo me importa haber escrito una novela: muy hermosa es la novela de la naturaleza humana. Si solo en este escrito se halla, ¿es culpa mía? La historia debería ser de mi especie. Vosotros que la depravais, si que haceis de mi libro una novela.

Otra consideracion que esfuerza la primera, es que no se trata aquí de un mancebo entregado desde su niñez al miedo, á la codicia, á la envidia, á la soberbia, á todas las pasiones que sirven de instrumento á las educaciones comunes; sino de un mancebo, del que no solamente este es su amor primero, mas tambien su primera pasion de toda especie; y de esta pasion, acaso la única que con tanta fuerza pueda sentir en toda su vida, pende la forma postrera que ha de tomar su carácter. Fijado su modo de pensar, sus sentimientos, sus gustos, por una duradera pasion, van á tomar una consistencia que no les permita alterarse nunca.

Bien se comprenderá que la noche de esta cena Emilio y yo dormimos poco. ¿Pues qué, tanto ha de poder con un hombre cuerdo la mera conformidad de nombre? ¿No hay mas que una Sofia en el mundo? ¿Se parecen todas, como en el nombre, en el alma? ¿Han de ser la suya todas cuantas vea? ¿Está loco, que así se apasiona por una desconocida con quien nunca habló? Esperad, mancebo, examinad, observad. Ni siquiera sabeis aun en qué casa estais, y el que os oiga se figurará que os hallan en la vuestra.

No es tiempo de lecciones, ni están estas destinadas á que las escuche; no hacen mas que inspirar al mozo nuevo interés hácia Sofia, por el deseo de justificar su inclinacion. Esta identidad de nombre, este encuentro que él cree casual, mi misma reserva, no hacen mas que inflamar su viveza: ya le parece Sofia tan estimable que está cierto de hacérmela querer.

Por la mañana, bien me figuro que con su mal traje de camino procurará Emilio vestirse mejor. No falla; y me rio de la prisa que tiene en servirse de la ropa blanca de la casa. Penetro su idea, y descubro con gusto que procura, con tener que hacer restituciones y cambios,

establecer una especie de correspondencia que le dé la facultad de enviar recados á la casa y volver á ella.

Habia esperado hallar á Sofia algo mas ataviada tambien, y me habia equivocado. Esta vulgar astucia es buena para aquéllos á quienes una mujer solamente agrada quiere. La del verdadero amor es mas acendrada, y tiene otras pretensiones. Sofia está vestida con mas sencillez que la víspera, y aun con mas negligencia, pero con una limpieza escrupulosa. Si en esta negligencia veo retrecheria, es porque veo afectacion. Bien sabe Sofia que un adorno mas estudiado es una declaracion de amor; pero no sabe que uno mas descuidado es lo mismo: pues no se contenta una mujer con agrada por su adorno, sino tambien por su persona. ¡Eh! ¿Qué importa al amante cómo se haya vestido su amada, si vé que se ocupa de él? Cierta ya Sofia de su imperio, no se ciñe á cautivar con sus embelosos los ojos de Emilio; tambien desea que su corazon ansie por ellos; y no le basta con que los vea, quiere que los suponga. ¿No ha visto ya lo bastante para obligarle á que lo adivine lo restante?

De presumir es que, durante nuestra conferencia, tampoco hayan estado mudas Sofia y su madre; habrá habido confesiones arrancadas, é instrucciones dadas. Al dia siguiente nos reunimos bien preparados. No hace doce horas que se han visto nuestros mozos; todavia no se han dicho una palabra, y ya se ve que se entienden. No se acercan uno á otro con familiaridad; están tímidos y confusos; no se hablan; sus ojos bajos parece que se evitan, y esto mismo es señal de mútua inteligencia: se hayan, pero de concierto, y ya sienten que necesitan de misterio antes de haberse dicho cosa ninguna. Cuando nos vamos, pedimos licencia de volver á traer nosotros mismos lo que nos llevamos. Emilio pide con la boca esta licencia á los padres, mientras que clavados sus inquietos ojos en la hija la solicitan con mucho mas ahinco. Sofia no dice nada, ni hace seña ninguna, parece que ni ve ni oye; pero se pone encarnada, y este rubor es mas clara respuesta todavia que la de sus padres.

Nos permiten volver sin convidarnos á que nos que-

demos. Esta conducta es decente: se da albergue á caminantes que no encuentran posada, pero no es decoroso que pase la noche un amante en casa de su amada.

Apenas hemos salido de esta casa querida, cuando piensa Emilio en residir en las inmediaciones; la mas próxima cabaña ya le parece muy distante, quisiera acostarse en los vallados de la quinta. «¡Mancebo atolondrado! Le dije con tono de lástima: ¡qué, ya os ciega la pasión! ¡Ya no veis ni el bien parecer, ni la razón! ¡Desventurado! ¡Os creéis enamorado, y queréis deshonrar á vuestra amada! ¿Qué dirán de ella, cuando sepan que un mozo que sale de su casa duerme en las inmediaciones? ¡Decís que la amais! ¿Pues entonces cómo queréis quitarle su reputación? ¿Es ese el pago de la hospitalidad que os han dado sus padres? ¿Causareis el oprobio de aquella de quien esperais la felicidad?» ¿Y qué me importan, responde con viveza, los vanos dichos de los hombres y sus injustas sospechas? ¿No me habeis vos mismo enseñado á despreciarlos? ¿Quién sabe mejor que yo cuánto honro, y quiero respetar á Sofia? No causará mi cariño su afrenta, que por el contrario redundará en gloria suya, y será digno de ella. Aun cuando mi corazón le rinda en todas partes el homenaje y las atenciones que merece; ¿en qué la puedo agraviar? «Querido Emilio, replicó dándole un abrazo, discurrís por vos; aprended á discurrir por ella. No compareis el honor de un sexo con el del otro, que tiene principios totalmente distintos. Igualmente sólidos y racionales son estos principios, porque igualmente provienen de la naturaleza, y la misma virtud que por vos os hace despreciar los dichos de los hombres, os obliga á que los respeteis por vuestra amada. Vuestro honor consiste en vos solo, el suyo pende de otro. Descuidarle sería faltar al vuestro; y no cumplís con lo que á vos mismo debeis, si sois causa de que no la tributen el que se le debe.»

Explicándole entonces estas diferencias, le hago conocer cuán injusta cosa fuera no hacer aprecio de ellas. ¿Quién le ha dicho que ha de ser esposo de Sofia, cuyos sentimientos no sabe, cuyo corazón ó cuyos padres acaso tienen contraidos empeños anteriores, de Sofia á

quien no conoce, y que acaso no tiene con él ni una de las armonías necesarias para hacer feliz un matrimonio? ¿No sabe que para una doncella todo escándalo es una mancha indeleble, que ni aun borra el matrimonio con el que la ha causado? ¡Ah! ¿Qué hombre sensible quiere perder á la que ama? ¿Qué hombre honrado quiere que lllore para siempre una desventurada la desgracia de haberle agradado?

Asustado el mancebo con las consecuencias que le hago notar, y estremado siempre en sus ideas, ya cree que nunca está bastante lejos de la mansion de Sofia: dobla el paso para desviarse con mas precipitación; mira en torno nuestro por si nos escuchan; mil dichas sacrificaría al honor de la que ama; mas quisiera no volverla á ver en su vida, que causarle la mas leve desazon. Este es el primer fruto de mi esmero para formar en él, cuando mozo, un corazón que supiese amar.

Trátase por tanto de encontrar un albergue apartado, pero no remoto. Averiguamos, nos informamos, sabemos que á dos leguas largas hay una ciudad; vamos á buscar alojamiento en ella, mas bien que en las aldeas mas inmediatas, donde se haría sospechosa nuestra mansion. Al fin llega aquí el nuevo amante, lleno de amor, de esperanza, de alegría, y mas que todo de buenos sentimientos, y dirigiendo así poco á poco su naciente pasión á lo que es bueno y honrado, voy disponiendo todas sus inclinaciones á que insensiblemente tomen el mismo camino.

Me acerco al término de mi carrera, ya le ve desde lejos. Todas las dificultades grandes están vencidas, todos los grandes obstáculos superados; ya nada penosa me queda que hacer, como no sea no estropear mi obra, dándome prisa á concluiría. En la incertidumbre de la vida humana, evitemos mas que todo la falsa prudencia de sacrificar lo presente á lo venidero, que así se sacrifica muchas veces lo que es á lo que no será. Hagamos dichoso al hombre en todas edades, por si acaso despues de muchos afanes se muere antes de haberlo sido. Ahora bien, si hay un tiempo á propósito para disfrutar de la vida, ciertamente es al fin de la adolescencia, en que han cobrado su mayor vigor las facultades del cuerpo

y el alma, y en mitad el hombre de su carrera ve desde muy lejos ambos términos que le hacen sentir su brevedad. Si se engaña la mocedad imprudente, no es en querer gozar, sino en que buscar el gozo donde no existe, y preparándose á un desgraciado porvenir, ni siquiera sabe usar del momento presente.

Contemplad á mi Emilio á los veinte años cumplidos, bien formado, bien constituido de cuerpo y de espíritu, fuerte, sano, listo, mañoso, robusto, lleno de discernimiento, de razon, de bondad, de humanidad, con buenas costumbres, sano gusto, que ama la belleza, que obra bien, libre del imperio de las pasiones crueles, exento del yugo de la opinion, pero sujeto á la ley de la sabiduría, y dócil á la voz de la amistad; poseedor de todos los talentos útiles y muchos agradables, cuidándose poco de las riquezas, llevando sus recursos al extremo de sus brazos, y no teniendo miedo de que le falta el pan en cualquier evento. Embriagado ahora con una naciente pasion, se abre su corazon á los fuegos primeros del amor; sus dulces ilusiones forman para él un nuevo mundo de goces y delicias; su ídolo es amable, y todavía mas amable por su carácter que por su persona; espera, aguarda una correspondencia que conoce le es debida. De la armonía de los corazones, del concurso de honrosos sentimientos se ha formado su primera inclinacion, la cual debe ser duradera. Confiado, y aun fundado en razon, se entrega al delirio, sin temor, sin pesar, sin remordimiento, sin otra inquietud que aquella que es inseparable del sentimiento de la felicidad. ¿Qué puede hacer falta á la suya? Ved, indagad, imaginad lo que aun necesita, y que se pueda hermanar con lo que posee. Reune todos cuantos bienes juntos pueden alcanzarse; no es posible añadirle ninguno como no sea á costa de otro; y es dichoso cuanto puede un hombre serlo. ¿Acortaré yo en este instante tan dulce suerte? ¿Enturbiaré tan puros contentos? ¡Ah! Todo el precio de la vida consiste en la felicidad que goza. ¿Qué pudiera volverle yo que valiese tanto como lo que le hubiera quitado? Aun poniendo el colmo á su felicidad, deshiciera su mas poderoso encanto. Cien veces mas dulce es la esperanza que la posesion de esta dicha

suprema; mas la goza quien la espera que quien la disfruta. ¡Oh buen Emilio! Ama y sé amado; goza dilatado tiempo antes que poseas, goza á un tiempo del amor y de la inocencia, disfruta la bien aventuranza en la tierra mientras te aguarda la otra: no abreviaré yo esta feliz época de tu vida; mantendré el encanto, y le prolongaré cuanto me sea posible. ¡Ay! Fuerza es que se acabe, y que se acabe en breve; pero haré á lo menos que dure eternamente en tu memoria, y que nunca te arrepientas de haberle disfrutado.

No se olvida Emilio de que tenemos restituciones que hacer. Luego que están prontas, tomamos caballos, vamos á galope; por esta vez, no bien partimos querria ya haber llegado. Al punto que el corazon da cabida á las pasiones, se la da al tedio de la vida. Si no he perdido yo mi tiempo, no se pasará así la suya.

Por desgracia es muy torcido el camino, y montuoso el país. Nos perdemos; lo conoce el primero, y sin impacientarse, sin quejarse, pone todo su conato en volver á dar con la senda, vaga mucho tiempo antes de encontrarla, y siempre con la misma serenidad. Esto nada quiere decir para vos, pero sí mucho para mí, que conozco su índole arrebatada: veo el fruto de los afanes que me he tomado para endurecerle desde su niñez contra los tiros de la necesidad.

Al fin llegamos. El recibimiento que nos hacen es mucho mas sencillo, y con mas agasajo que la vez primera; ya somos conocidos antiguos. Emilio y Sofia se saludan con un poco de cortedad, y no se hablan todavía: ¿qué se han de decir en presencia nuestra? La conversacion que necesitan no quiere testigos. Nos paseamos por el jardín: este tiene en vez de cuadros de flores una era de huerto muy bien distribuida, y en vez de coto un verjel cubierto de crecidos y hermosos árboles frutales de todas clases, y cortado con claros arroyuelos y acirates llenos de flores. «¡Qué hermoso sitio! exclama Emilio, lleno de su Homero y siempre entusiasta; me figuro que estoy en los jardines de Alcinoos.» La niña querria saber quién era Alcinoos, y lo pregunta á su madre. «Alcinoos, les digo yo, era un rey de Corfú, cuyo jardin, que Homero describe, le tachan las perso-

nas de gusto, de muy sencillo y muy poco a tornado (1). Tenia este Alcinoos una amable hija, que, la vispera de recibir un extranjero la hospitalidad en casa de su padre, soñó que en breve tendria marido » Cortada Sofia, se pone colorada, baja los ojos, se muerde los labios; no es posible imaginar tamaña confusion. Su padre que se divierte en aumentarla, toma la conversacion, y añade que la princesa jóven iba ella misma á lavar la ropa al rio. ¿Es de creer, prosigue, que no se hubiera dignado llegar á las servilletas sucias, diciendo que olian á guiso trasnochado? Sofia, contra quien va asestado el tiro, olvidándose de su natural encogimiento, se disculpa con viveza. Bien sabe su papá que no hubiera habido otra lavandera que ella para todo el jabonado, si se lo hubieran consentido (2), y que mas que eso habria hecho gustosa, si se lo hubiesen mandado. Diciendo esto me mira á hurtadillas con una inquietud que no puede menos de hacerme reir, leyendo en su ingénuo corazon el sobresalto que la obliga á contestar. Tiene su padre la crueldad de rebatir este atolondramiento, preguntándole la con tono burlesco, á qué venia el hablar ella de sí, y si

(1) «Al salir del palacio, se encuentra un vasto jardin de cuatro aranzadas, acotado y vallado todo en derredor, plantado de crecidos árboles floridos, que dan peras, manzanas, granadas y otras frutas de las mas hermosas especies, higueras de dulce fruto y verdes olivos. Durante el año entero, nunca están sin fruta estos hermosos árboles: invierno y verano, el dulce soplo del viento de Poniente hace al mismo tiempo agarrar unas y madurar otras. Se ven la pera y la manzana que se pasan y se secan en el árbol, el higo en la higuera, y el racimo en el sarmiento. La inagotable vid no cesa de dar uvas nuevas; unas las hacen cocer y pasarse al sol en un arca, mientras se vendimian otras, dejando en la planta las que todavia están en flor, en agraz, ó empiezan á tomar color. A uno de los extremos, dos cuadros bien cultivados, y todo el año cubiertos de flores, adornados con dos fuentes; una de estas, se reparte por todo el jardin, y la otra, despues de atravesar el palacio, va á parar á un edificio construido en la ciudad para surtir de agua á los ciudadanos.»

Esta es la descripcion del real jardin de Alcinoos, en el sétimo libro de *La Odisea*; jardin en que con mengua de Homero, el soñador Caduceo, y de los principes de su tiempo, no se encuentran ni verjas, ni estatuas, ni cascadas, ni cenadores.

(2) Confieso que doy las gracias á la madre de Sofia por no haber permitido que manos tan suaves como las suyas, y que tantas veces ha de besar Emilio, se echarán á perder con el jabon.

creia parecerse en algo á la hija de Alcinoos. Avergonzada y temblando, no se atreve á respirar, ni á mirar á nadie. ¡Hechicera niña! ya no es tiempo de fingir; á despecho tuyo te has declarado.

En breve se olvida ó parece olvidarse esta escena. Por fortuna de Sofia, el único que no ha entendido palabra de ella es Emilio. Sigue el paseo, y nuestros jóvenes que al principio iban á nuestro lado, se arreglan con dificultad á la lentitud de nuestro paso; poco á poco se adelantan, se acercan, al fin se llegan uno á otro, los vemos delante á bastante distancia de nosotros. Sofia parece atenta y reposada; Emilio habla y acciona con fuego; no parece que los fastidie la conversacion. Al cabo de una hora larga nos volvemos, los llamamos, vienen, pero despacio á su vez, y se ve que aprovechan el tiempo. Por fin cesa su conversacion de repente, antes que la podamos oir. Emilio se llega á nosotros con rostro franco y contento talante, centelleando de júbilo sus ojos, que vuelve, no obstante, con cierta inquietud hácia la madre de Sofia, por ver cómo le recibirá. La jóven no tiene el aire tan satisfecho; al acercarse parece confusa de verse á solas con un marcebo; ella que tantas veces se ha encontrado sola con otros sin cortedad, y sin que nunca lo hayan llevado á mal. Dase prisa á ir junto á su madre, titubeando un poco, y diciendo palabras que no significan nada, como para dar á entender que está allí mucho tiempo hace.

Por la serenidad que está retratada en el semblante de estas amables criaturas, vemos que esta conversacion alivió de un enorme peso sus juveniles pechos. No son menos recatados uno con otro, pero es menos embarazoso su recato, que ya solo procede del respeto de Emilio, de la modestia de Sofia, y de la honestidad de ambos. Emilio se atreve á dirigirle algunas palabras; á veces tambien se atreve ella á responder, pero nunca sin mirar antes á su madre. La mudanza que mas clara se nota en ella, es conmigo. Me manifiesta una estimacion mas obsequiosa, me mira con interés, me habla con cariño, está atenta á todo cuanto me puede agradar; veo que me honra con su estimacion, y que no es indiferente para ella el granjearse la mia.

Comprendo que le ha hablado Emilio de mí: dijérase que habian convenido en ganarme; pero no es así, y la misma Sofía no se gana tan presto. Acaso necesitará él mas de mi valimiento con ella, que del suyo conmigo. ¡Pareja encantadora!... Al pensar que en la primera conversacion con su damá mi amigo mozo le ha hablado mucho de mí, recibo la paga de mis afanes; su amistad me ha resarcido de todo.

Reitéranse las visitas, y son mas frecuentes las conversaciones entre nuestros mozos. Embriagado Emilio de amor, cree que ya toca su felicidad; no alcanza, sin embargo, el consentimiento formal de Sofía, que le escucha y nada le responde. Conoce Emilio toda su modestia; poco le maravilla tanto recato; siente que no está mal en su ánimo; sabe que los padres son los que casan á las hijas; supone que Sofía aguarda la orden de sus padres, la pide licencia para solicitarla, y ella no se opone. Me habla, hablo yo en su nombre, y á su presencia. ¡Qué extraño es para él saber que Sofía depende de sí sola, y que para hacerle feliz le basta con querer! Empieza á no entender su conducta; se disminuye su confianza; se sobresalta, se cree menos adelantado de lo que pensaba, y entonces para ablandarla el amor mas tierno usa su mas patético idioma.

Emilio no es capaz de adivinar lo que le perjudica: si no se lo dicen, no lo sabrá en su vida, y Sofía es demasiado altiva para confiárselo. Las dificultades que la detienen, serian estímulos para cualquiera otra. No ha olvidado las lecciones de sus padres. Es pobre, Emilio rico, y ella lo sabe. ¡Cuánto mérito para borrar esta desigualdad! Mas ¿cómo ha de parar él su pensamiento en este obstáculo? ¿Sabe si es rico? ¿Piensa siquiera en informarse de ello? Gracias al cielo, no necesita serlo, y sin eso sabe ser benéfico. El bien que hace, sale de su pecho y no de su bolsillo. A los desventurados les da su tiempo, su afecto, su persona; y en la valuacion de sus beneficios, apenas si se atreve á contar por algo el dinero que reparte entre los infelices.

No sabiendo á quién culpar de su desgracia se culpa á sí propio: porque ¿quién osará acusar de un capri-

cho al objeto de sus adoraciones? Auméntase con el desaire del amor propio el desconsuelo del amor desdenado. Ya no se acerca á Sofía con aquella amable confianza de un corazon que se siente digno del suyo; está trémulo y medroso ante ella. Ya no espera moverla por la ternura, y procura ablandar la por la piedad. Alguna vez se cansa su paciencia, y va á sustituirle el despecho. Sofía que parece presentir estos arrebatos, le mira: esta mirada le desarma al punto, y está mas sumiso que antes.

Turbado con esta terca resistencia y este silencio invencible, vierte su corazon en el de su amigo, deposita en él los duelos de su pecho desgarrado por el pesar, implora su asistencia y sus consejos. ¡Qué impenetrable misterio! La interesa mi suerte, no lo puedo dudar: lejos de huirme parece complacerse conmigo; cuando llego, demuestra alegría y sentimiento; cuando me voy, recibe con bondad mis obsequios; parece que mis servicios son de su agrado; se digna darme consejos, y á veces preceptos. No obstante, desecha mis solicitudes, mis ruegos. Cuando me atrevo á hablarla de union, me impone silencio; y si añado una palabra, al instante me deja. ¿Por qué extraña razon quiere que sea yo suyo sin querer dar oidos á ser ella mia? Vos á quien honra, á quien ama, y quien no mandará callar, hablad, haced que hable ella, servid á vuestro amigo, coronad vuestra obra; no hagais funestos para vuestro alumno vuestros afanes. ¡Ah! los que os debe labrarán su miseria, si no completara su felicidad.

Hablo con Sofía, y con poca dificultad le saco un secreto que yo sabia antes que ella me le dijera. Con mas dificultad me da licencia para instruir de él á Emilio; la alcanzo en fin, y uso de ella. Esta explicacion le causa un asombro de que no puede volver. No entiende esta delicadeza, ni concibe qué pueden hacer para el carácter y el mérito algunos doblones mas ó menos. Cuando ley doy á entender lo que hacen para la preocupacion, se echa á reir; y arrebatado de júbilo, quiere partir al instante, ir á romperlo todo ó renunciar á ello, para tener la honra de ser tan pobre como Sofía, y volver digno de ser esposo suyo.

«¿Pues qué, dije deteniéndole, y riéndome á mi vez de su ímpetu, nunca ha de madurar esa juvenil cabeza? ¿Y despues de haber filosofado toda vuestra vida, nunca aprenderéis á discurrir? ¿Cómo no veis que con llevar á cabo vuestro desatinado proyecto, vais á empeorar vuestra situación, y hacer á Sofía intratable? Poseer algun caudal mas que ella, es corta ventaja, pero seria muy grande habersele sacrificado todo: y si no puede resolverse su altivez á deberos la obligacion primera, ¿cómo habia de resolverse á deberos otra? Si no quiere consentir que su marido pueda echarla en cara que la hizo rica, ¿cómo habia de consentir que pudiese acusarla de que por ella se habia hecho pobre? ¡Ah, desventurado! Temblad de que sospeche que semejante proyecto habeis tenido. Hacedos, por el contrario, económico y cuidadoso por amor de ella; no llegue á maliciarse que la quereis ganar por astucia, y que la sacrificais voluntariamente lo que por negligencia vuestra perdais.

»¿Creeis que en realidad el mucho caudal la asuste, y que proceda su oposicion precisamente de vuestras riquezas? No, amado Emilio; tienen mas sólida y grave causa en el efecto que producen estas riquezas que en el alma del poseedor. Sabe que los que tienen bienes de fortuna siempre los prefieren á todo. Los ricos estiman el oro mas que el mérito. En la puesta comun del dinero y los servicios, nunca encuentran que estos pagan lo suficiente por aquel; y piensan les queda deudor el que pasa su vida sirviéndolos y comiendo su pan. ¿Pues qué debeis hacer para tranquilizar sus temores? Daos bien á conocer de ella, que no es cuestion de un dia. En los tesoros de vuestra noble alma enseñadle con qué rescatar aquellos que por vuestra desgracia os han cabido en suerte. Venced su resistencia á fuerza de tiempo y constancia; forzadla por medio de grandes y generosos sentimientos, á que se olvide de vuestras riquezas. Amadla, servidla y servid á sus respetables padres. Probadle que vuestros obsequios no son efecto de una loca y efimera pasion, sino de los principios indelebles grabados en lo interior de vuestro corazon. Honrad dignamente el mérito que es agraviado de la

fortuna: único medio de reconciliarle con el mérito por ella favorecido.»

Ya se dejan entender los raptos de júbilo que en el mancebo produce este razonamiento, cuánta confianza y esperanza le restituye, cuántos parabienes se da su honrado corazon por tener que hacer, para agradar á Sofía, todo lo que haria por si mismo, aun cuando Sofía no existiera, ó de ella no estuviera enamorado. ¿Quién no imaginará su conducta en este lance, por poco que haya comprendido su carácter?

Héteme ya confidente de mis dos buenas personas, y medianero de sus amores. ¡Hermoso cargo para un ayo! Tan hermoso, que en mi vida hice cosa que tanto me enalteciese á mis propios ojos, y que me dejase tan satisfecho conmigo propio. En cuanto á lo demás, este cargo no deja de ser agradable: no soy mal recibido en la casa; se fian de mí para que cuide de que no se desmanden los amantes. Emilio, que siempre está temblando de disgustarme, nunca ha sido tan dócil. La niña me llena de halagos que no me engañan, y solo guardo para mí la parte que de ellos me toca: asi indirectamente se resarce del respeto en que contiene á Emilio. En mí le hace mil tiernos cariños que quisiera mas morir que hacerle á él propio; y él, que sabe que yo no quiero perjudicar á sus intereses, está prendado de nuestra armonia reciproca. Se consuela si no le quiere dar el brazo para pasear, cuando ve que es porque prefiere el mio. Sin murmurar se desvia, apretándome la mano, y diciéndome en voz baja y enérgica: «Hablad, amigo, en mi favor.» Sus ojos nos siguen con interés: procura leer en nuestros semblantes nuestros sentimientos, y por nuestros ademanes interpretar nuestras palabras; sabe que no es indiferente para él nada de cuanto entre nosotros se dice: ¡Buena Sofía, cuán á tus anchas se halla tu sincero corazon, cuando sin que te oiga Telémaco, puedes departir con su Mentor! ¡Con qué amable franqueza le dejás que lea todos los afectos de tu corazon! ¡Con qué gusto le muestras toda tu estimacion á su alumno! ¡Con cuán tierna ingenuidad le permites que adivine sentimientos mas dulces! ¡Con qué fingido enojo despides al importuno, cuando su impaciencia le

fuerza á interrumpirte! ¡Con cuán hechicero despecho le afeas su imprudencia, cuando te viene á estorbar que hables ó que oigas hablar bien de él, y que de mis respuestas saques por lo regular algun nuevo motivo de quererle!

Habiendo logrado Emilio que le consientan como amante declarado, esfuerza los derechos de tal; habla, apremia, solicita, importuna. Respóndale con aspereza, maltrátente, poco le importa con tal que le escuchen. En fin, no sin dificultad logra que Sofia consienta por su parte en tomar sin rebozo sobre él la autoridad de amada, que le prescriba lo que ha de hacer, que le mande en vez de rogarle, y en vez de darle gracias acepte, que arregle el tiempo y el número de sus visitas, que le prohiba que hasta tal día venga, y que se quede pasada tal hora. Nada de esto se hace en chanzas, sino muy de veras; y si con dificultad admitió estos derechos, los usa con un rigor que al pobre Emilio muchas veces le obliga á que sienta el habérselos dado. Pero mande ella lo que quisiere, él nunca replica; y mil veces cuando se va por obediencia me mira con ojos llenos de gozo que me dicen: ya veis que ha tomado posesion de mí. La picarilla todo lo observa con disimulo, y se sonrie secretamente de la sumision de su esclavo.

Albano y Rafael, prestadme el pincel del deleite. Divino Milton, enseña á mí tosca pluma á que describa los contentos del amor y la inocencia: mas no, esconded vuestras artes mentirosas ante la santa verdad de la naturaleza. Tened solo pechos sensibles y almas honestas; dejad luego vagar sin trabas vuestra imaginacion por los raptos de dos enamorados jóvenes, que á vista de sus padres y sus guias se abandonan á la ilusion dulcisima que los halaga, y en la embriaguez de sus deseos se adelantan con lentos pasos hácia el término, enlazando con guirnaldas de flores el bienhadado vínculo que ha de unirlos hasta el sepulcro. Tantas hechiceras imágenes á mí propio me embriagan; las amontonan sin orden ni conexion, pues me impide ligarlas el delirio que en mí excitan. ¡Oh! ¿Quién teniendo entrañas no sabrá retratar dentro de sí la deliciosa imagen de las varias situaciones del padre, la madre, la hija,

el ayo, el alumno, y del concierto de unos y otros para la union de la mas encantadora pareja que han podido hacer dichosos el amor y la virtud?

Ahora sí que, deseando verdaderamente agradar, empieza á sentir Emilio el valor de los talentos recreativos que ha adquirido. Sofia gusta del canto, canta con ella: hace más, la enseña música. Es viva y ligera, gusta de brincar; baila con ella, convierte en pasos sus brincos y los perfecciona. Estas lecciones embelesan, las anima la retozona alegría, que suaviza el tímido respeto del amor: es lícito á un amante dar estas lecciones con enajenamiento y ser el maestro de su amada.

Hay un piano viejo todo descompuesto: Emilio le compone y le templa; es pianista, es guitarrero no menos que ébanista: siempre fué su máxima aprender á no necesitar de socorro ajeno para todo lo que podia hacer por sí propio. Está la casa en situacion pintoresca: saca de ella varias vistas en que á veces Sofia pone mano, con las que adorna el gabinete de su padre; y no son dorados los marcos ni necesitan serlo. Viendo dibujar á Emilio é imitándole ella, se perfecciona á ejemplo suyo, cultiva todos los talentos, y con su donaire todos los hermosea. Cuando ven su padres brillar de nuevo en torno suyo las bellas artes, únicas que les hacian amar su pasada opulencia, la recuerdan en su memoria; toda su casa está alhajada por el amor; él solo hace que sin coste y sin trabajo reinen en ella los placeres que en otro tiempo solo se reunian á fuerza de afañes y dinero.

Como el idólatra con los tesoros que estima el objeto de su culto, enriquece y atavía en el altar al Dios que adora, en vano contempla el amante perfecta á su dama, pues sin cesar quiere añadirle nuevos adornos. No los necesita para agradarle, pero necesita él adornarla; que es nuevo homenaje que se figura tributarles; nuevo interés que añade al gusto de contemplarla. Párecele que nada hermoso está en su lugar cuando no adorna la beldad suprema. Espectáculo es tierno y risible á la par ver á Emilio ansioso por enseñar á Sofia todo cuanto sabe, sin consultar si es de su gusto, ó si le conviene lo que quiere enseñarle. De todo le habla, todo

se lo explica con pueril anhelo: cree que le basta con hablar, y que al instante le ha de entender: de antemano se figura el gusto que tendrá en discurrir y filosofar con ella; juzga inútil todo cuanto sabe, si no puede ostentarlo á sus ojos; casi se avergüenza de saber cosas que ella no sepa.

Ya le tenemos dándola lecciones de filosofía, de física, de matemáticas, de historia, de todo, en una palabra. Sofía se acomoda con gusto á su favor, y procura aprovechar. ¡Qué contento está Emilio cuando puede lograr dar sus lecciones de rodillas delante de ella! Cree que mira el cielo abierto. No obstante, esta situación, mas incómoda para la discípula que para el maestro, no es la mas adecuada para la instruccion. No sabe Sofía entonces dónde mirar para evitar los ojos que persiguen los suyos; y cuando se encuentran poco aprovecha la leccion.

El arte de pensar no es ajeno de las mujeres, pero no deben hacer otra cosa que rasar la superficie de las ciencias de raciocinio. Sofía todo lo concibe y retiene poco. Donde mas progresos hace es en la moral y en las cosas de gusto: en cuanto á la física, solamente conserva alguna idea de las leyes generales y del sistema del mundo. Algunas veces, al contemplar en sus paseos las maravillas de la naturaleza, se atreven sus inocentes y puros corazones á encumbrarse hasta su autor; pues como no temen su presencia, de consuno se dilatan ante él.

¡Qué, dos amantes, en la flor de su edad, no gastan sus conversaciones á solas en hablar de religion, ni pasan el tiempo en decir la doctrina! ¿De qué sirve envilecer lo que es sublime? Sí, sin duda, la dicen en la ilusion que los hechiza: se contemplan perfectos, se aman, conversan con entusiasmo de lo que da precio á la virtud. Los sacrificios que le hacen se la tornan mas cara. En los arrebatos que es preciso vencer, vierten juntos alguna vez lágrimas mas puras que el rocío del cielo; son estas dulces lágrimas el encanto de su vida, y viven en el mas estático delirio que jamás gustaron almas humanas. Las privaciones mismas acrecientan su dicha, y á sus propios ojos los honra con sus sacrificios. Hombres

sensuales, cuerpo sin alma, un dia conocerán vuestros deleites, y toda su vida llorarán el dichoso tiempo en que se los negaron.

No obstante esta buena inteligencia, no deja de haber algunas discusiones y aun quimeras: la amada tiene sus caprichos y el amante sus enfados: pero estas ligeras tormentas se disipan con rapidez, y no hacen mas que fortalecer la union: la esperiencia ha enseñado tambien á Emilio á no temerlas tanto; siempre le traen mas provecho las reconciliaciones que daño las riñas. El fruto de la primera le ha persuadido á esperar el mismo de las otras; se ha equivocado: pero al fin si no siempre saca beneficio tan claro, siempre gana el ver confirmado por Sofía el sincero interés que tiene en conservar su corazón. ¿Quiere el lector saber cuál fué este beneficio? Vengo en ello, con tanto mas gusto cuanto que me dará ocasion este ejemplo para explicar una máxima utilísima, y para impugnar otra muy funesta.

Emilio ama, por consiguiente no es temerario y además bien se deja entender que la imperiosa Sofía no es niña que le consienta familiarizarse. Como en todas cosas tiene sus límites el recato, mas bien la tacharian de sobrada aspereza que de mucha indulgencia, y recela á veces su mismo padre que su excesivo orgullo degenerare en altanería. En las mas secretas conversaciones á solas no se atreveria Emilio á solicitar el mas leve favor, ni aun á dar muestras de aspirar á él; y cuando en el paseo quiere pasar el brazo bajo el suyo, gracia que no deja que se convierta en derecho, apenas se atreve él á estrechar este brazo contra su pecho. No obstante, despues de una larga sujecion se aventura á besar á hurtadillas su vestido, y muchas veces es tan feliz que consiente ella en no echarlo de ver. Un dia que quiere tomarse con mas franqueza la misma libertad le ocurre á ella enfadarse. Empéñase él; ella se enoja, y le dicta el despecho algunas expresiones picantes: Emilio no las sufre sin replicar; lo restante del dia están ambos mohinos, y se separan muy disgustados.

Sofía está desazonada. Su madre es su confidenta: ¿cómo le ha de esconder su sentimiento? Esta es su primer riña; ¡y una riña de una hora es negocio de tanta



entidad! Está arrepentida de su culpa; su madre le permite que la repare y su padre se lo manda.

Al otro día, inquieto Emilio vuelve mas pronto de lo que acostumbra: Sofía está en el gabinete de su madre, y tambien se halla presente el padre: entra Emilio con respeto, pero con ademan triste. Apenas le han saludado el padre y la madre cuando se vuelve Sofía, y presentándole la mano le pregunta con voz cariñosa cómo está. Claro es que esta bonita mano se adelanta así para que la besen; Emilio la coje, y no la besa. Algo avergonzada Sofía la retira del mejor talante que puede. Emilio que no está acostumbrado á los modos de las mujeres, ni sabe para qué son buenas las manías, no las olvida con facilidad ni se apacigua tan presto. El padre viéndola confusa, acaba de cortarla con sus burlas. La pobre muchacha avergonzada, humillada, diera cuanto tiene por atreverse á llorar y no sabe lo que se hace. Cuanto mas se contiene mas se le aprieta el corazon; por fin se le escapa una lágrima mal de su grado. Emilio ve esta lágrima, se arroja á sus plantas, la coje la mano, y la besa muchas veces fuera de sí. «Por quien soy que esa es demasiada bondad, dice el padre dando una carcajada; y menos indulgente fuera yo con todas estas locas, y castigara la boca que me hubiese ofendido.» Alentado Emilio con estas palabras, mira con suplicantes ojos á la madre, y creyendo ver una señal de consentimiento, se acerca temblando al rostro de Sofía, que desvía la cabeza, y por librar la boca presenta su sonrosada mejilla. No se contenta el imprudente, y ella se resiste con blandura. ¡Qué beso, si no le recibiera ante los ojos de su madre! Severa Sofía, cuidado con vos; muchas veces os pedirán vuestro vestido para besarle, á condicion que algunas le negueis.

Despues de este castigo ejemplar sale el padre para un asunto; despide la madre á Sofía con un pretexto; se dirige luego á Emilio, y le dice con tono bastante sério: «Caballero, creo que un mozo de tan buena indole, tan bien educado como vos, que tiene buenos sentimientos y costumbres, no quisiera pagar deshonorándola la amistad que una familia le manifiesta. Yo no soy melindrosa ni gazmoña; sé lo que se ha de permitir á la

festiva juventud; y buena prueba es de ello lo que á mi vista he consentido. Consultad á vuestro amigo acerca de vuestras obligaciones, y os dirá la diferencia que media entre los juegos que autoriza la presencia de un padre y una madre, y las libertades que lejos de ellos se toman, abusando de su confianza, y convirtiendo en lazos los mismos favores que á vista de ellos son inocentes. Tambien os dirá, caballero, que la única culpa que mi hija ha cometido con vos, es no reparar desde la vez primera en lo que nunca debió consentir; os dirá que todo lo que á favor se atribuye lo es, y que es cosa indigna de un hombre de honor abusar de la sencillez de una niña para usurpar en secreto los mismos favores que delante de todo el mundo puede ella dispensar; porque sabemos lo que el bien parecer tolera en público, pero ignoramos dónde se detiene, en la oscuridad del misterio, el que se constituye en único juez de sus fantasías.»

Despues de esta justa reconvencion, dirigida mas bien á mi que á mi alumno, se va esta prudente madre, y me deja absorto con su rara prevision que estima en poco que delante de ella besen á su hija en la boca, y se asusta de que se atrevan á besar á solas su vestido. Reflexionando en lo desatinado de nuestras máximas, que siempre sacrifican la verdadera honestidad á la decencia, entiendo por qué cuanto mas extragados son los corazones es tanto mas casto el idioma, y las ceremonias son tanto mas puntuales cuanto mas ruines son los que las gastan.

Imbuyendo yo con este motivo el corazon de Emilio en obligaciones que antes le hubiera debido dictar, me ocurre una nueva reflexion que acaso honra mas á Sofía; pero que sin embargo, me guardo de comunicar á su amante; y es que esta pretendida soberbia de que la acusan, no es otra cosa que una precaucion muy cuerda para preservarse de sí propia. Como tiene la desdicha de sentirse con un temperamento ardiente, teme la primer chispa, y la desvía con todo su poder. No es severa por soberbia, que lo es por humildad. En Emilio toma el imperio que teme no tener en sí propia, y se sirve del uno para contrarestar el otro. Si fuera mas